



CAPÍTULO XV

EL DEPARTAMENTO ESCOLAR

Su función principal es crear escuelas y coordinar su funcionamiento. Definir los programas del *kindergarten*, la escuela rural, la escuela primaria urbana, las escuelas de pequeñas industrias y las escuelas técnicas, las secundarias y Normales, los Institutos especiales y, en general, todos los establecimientos docentes, salvo la Universidad. Habiéndose ya extendido en consideraciones sobre la escuela primaria, nos ocupamos en seguida de la enseñanza general técnica.

Escuelas de artes manuales

No siendo posible hacer obligatoria la enseñanza secundaria técnica para la mayoría de la población, conviene establecer escuelas de cursos rápidos en pequeñas industrias y oficios comunes, con carácter intermediario entre la escuela primaria y la secundaria técnica. Obtendrán mayor éxito estas intermedias en los grandes centros de población y allí donde sea mayor la pobreza. Su fin primordial es la enseñanza de menesteres inmediatamente productivos. Sus alumnos, hombres y mujeres, se reclutan entre los agregados de la escuela primaria y también entre los adultos que no han tenido ocasión de concluir la primaria. Los cursos se refieren a pequeñas industrias y oficios prácticos; pero, a causa de que reciben adultos mal preparados, conviene adicionar el programa de estas escuelas con clases de lenguaje, matemáticas y

dibujo elemental. Los cursos servirán también para que el profesor que no ha podido concluir una carrera normalista completa obtenga conocimientos en alguna especialidad, que podrá después implantar en el taller escolar a su cargo. Pero la principal importancia de semejantes establecimientos consiste en difundir conocimientos elementales sobre las ramas más productivas de la industria moderna. Hay muchas cosas que hoy elabora la fábrica al servicio del *trust* y que fácilmente pueden volverse a hacer en casa como antes, pero con las ventajas de la moderna utilería y de la química industrial. Por ejemplo, los artículos de uso diario, como la pasta de dientes, el polvo de la cara, las aguas de tocador, el betún del calzado, nos llegan comúnmente de las fábricas norteamericanas a precios tan elevados que su consumo se limita a las clases acomodadas y medias. Sin embargo, basta el conocimiento de unas cuantas recetas y la adquisición de materiales generalmente baratos para fabricar en pequeño o en grande, pero dentro del país, tales artículos. En muchas aplicaciones, la pequeña industria tiende hoy a revivir, y esta tendencia, económicamente sana, debe recibir el apoyo de la escuela. Casi no hay región del mundo en donde no hagan falta buenos operarios, diestros y cumplidos.

En viejos locales del gobierno, algunos ya ruinosos, establecimos a poco costo clases nocturnas elementales, gratuitas, para hombres, mujeres y niños, y, al mismo tiempo, talleres de carpintería y de herrería, de forja y de torneó. Desde el principio se procuró que los alumnos se encargasen de trabajos útiles. Los recién inscritos hacían de aprendices, hasta que al cabo de uno o dos meses podían ganar, dentro de la misma escuela, paga moderada por unas cuantas horas de tarea. En general, no puede ni debe el taller escolar competir con el trabajo profesional, pero sí encargarse de trabajos oficiales. Por ejemplo, en la carpintería combinada con la fundición construyéronse bancos de escuela que antes se compraban en los Estados Unidos a precios fabulosos por el añadido de la comisión de los intermediarios y el cohecho frecuente de los políticos. Haciéndolas en taller propio, las bancas resultaban mejores y más económicas, daban empleo a

operarios locales y creaban grupos de carpinteros. Por lo común, la selección del personal de artes manuales nos daba los alumnos de las escuelas secundarias técnicas, que con mejores talleres pueden fabricar casi todos los muebles y artículos que necesita un gobierno.

El número de cursos en estos establecimientos depende, en realidad, del número de maestros especialistas que se pueden obtener. Si, por ejemplo, el director asegura los servicios de un buen juguetero, anunciará el curso de juguetería. Cada curso variará según la aptitud del alumno y las posibilidades de su asistencia. A veces bastarán unas cuantas lecciones; otras veces será necesario una asistencia de tres o de seis meses. Un curso muy concurrido es el de costura. Se enseña en él a manejar la máquina desde los modos elementales, que se dan en diez o veinte lecciones, hasta la preparación para el bordado, que se enseña en la secundaria respectiva. Lo mismo puede decirse del uso de la máquina de escribir. El curso práctico comienza en la Escuela Elemental de Artes o Artesanías, y su perfeccionamiento requiere la asistencia a la escuela técnica de Taquimecanógrafos, una de las escuelas secundarias técnicas de que se hablará en el capítulo siguiente.

La mayor parte de las chucherías que se venden en los mercados populares consiste en efectos manufacturados en el extranjero por la pequeña industria privada. Para hacerlos en el país, nuestras escuelas abrieron secciones de espejos y cepillos, cajas de cartón y de madera, vasijas de barro cocido y vajillas corrientes. Las artes populares, que nuestros indígenas conservan de la época en que los educaron los españoles, sólo requieren una modernización. El telar, la forja y el horno de porcelana pueden volver a la producción valiosa, con tal que las escuelas signifiquen para quien las frecuenta una mejora inmediata en el salario o en los modos de ingeniarse por cuenta propia el sustento. La inscripción libre, la asistencia voluntaria, las horas cómodas, es decir, contrarias a las horas comunes de trabajo, y el acierto en la elección de las industrias a enseñar determinan el éxito, y cuando éste se logra es de tal magnitud que da la impresión de una revolución social

pacífica, o sea, la enseñanza convertida en sistema de incesante multiplicación de los panes.

Podrán funcionar las clases de pequeñas industrias en los mismos edificios destinados a la enseñanza técnica secundaria, si se eligen horas adecuadas. Lo mejor es crearles locales en forma de abarcar a toda la población y de extender su influjo sin límites. Representan una democratización de la técnica y, al mismo tiempo, una elevación de la artesanía a categoría semiprofesional. Cuando funcionaron en México, daban la impresión de una feria por la variedad y abigarramiento del alumnado; ancianas que aprendían a leer y jovencitas ensayando la máquina de coser, caída por primera vez en sus manos; sirvientas que asistían a cursos rápidos de cocina o de menaje de casa, obreros que se iniciaban en la hojalatería o mujeres empeñadas en la talla de muebles artísticos. De semejantes escuelas puede partir la liberación industrial de un pueblo. No conozco medio mejor de herir el *trust* que nos vende incluso la silla en que nos sentamos a precios fantásticos, todo porque somos nación olvidada de su industria.

En todo caso, el habitante de la ciudad adquiere en las escuelas nacionales conocimientos inapreciables en el campo y la provincia. Si la gente de ciudad, en general, resulta inútil en el campo es porque del roce con la multitud urbana sólo suelen sacar las vanidades. Si la ciudad ofrece a sus habitantes las ventajas del taller, perfeccionado con las más recientes ventajas de la técnica, el campo ya no verá en el ciudadano el parásito que viene a formular quejas, sino un valioso colaborador. Nuestros abuelos mexicanos refieren el éxito que invariablemente alcanzaron los miles de austríacos que la derrota de Maximiliano dejó dispersos por distintas regiones del país. Hablando apenas la lengua nativa, en todas partes se hacían útiles, mejorando el huerto, fabricando el pan y quesos y encurtidos. Eran en su mayoría buenos artesanos, y un buen artesano no está de más en ningún sitio. Si existen hoy inquietudes y huelgas es porque la fábrica priva al obrero incluso de los beneficios de la artesanía; lo convierte en parte de la máquina y lo incapacita para el trabajo productivo fuera de la fábrica. Pero un artesano de verdad no necesitará andar organizando

protestas; sobra siempre trabajo para un buen pintor, un buen electricista, un cerrajero, un cantero o panadero o cocinero.

No se puede limitar el alcance enorme y benéfico de las escuelas de pequeñas industrias y oficios. Cada ciudad debiera sostenerlas con el mismo empeño que dedica a sus escuelas primarias. Escuelas de artesanía. Una especie de desanalfabetización por lo que hace a la técnica.

Escuelas técnicas

Por la distinta índole de los trabajos, conviene, desde luego, separar los hombres de las mujeres. Como enumeración que ilustra la materia de la enseñanza, sin limitarla, ofrecemos la siguiente lista de una de las más célebres Escuelas Industriales de Mujeres de la Ciudad de México por el año 1924:

Materias generales. Lengua nacional, lengua inglesa, escritura, aritmética, geometría, dibujo elemental, gimnasia, natación, *basketball*, canto.

Oficios. Corte y confección de lencería, corte y confección de vestidos, desmanchado y planchado, reparación y remiendo de telas y tejidos, bordado a mano y a máquina, deshulado, modas, dibujo artístico, encajes, fabricación de tejidos de punto a máquina, mediería a máquina, instalaciones y reparaciones eléctricas de hogar, flores y plantas artificiales, sombreros en fieltro y en paja, simples o con adorno; decorado al *batik* de sedas, pirograbado y repujado en cuero y en metal, talla en madera, encuadernación ordinaria y artística, perfumería con química elemental, fotografía, peinados, cocina, repostería, dulcería, envases de frutas y conservas, industrias domésticas, curtido y confección de pieles.

El programa se reparte en dos años, pero hay cursos que sólo exigen un año de asistencia. La escuela expide diplomas que acreditan el peritaje en cada rama. El número de alumnas regulares es de mil quinientas a dos mil. Cada barrio de la ciudad contaba con escuelas de este tipo, variando los cursos industriales según las exigencias y las posibilidades.

Otro género de escuela industrial femenina nos lo dan las Escuelas de Enseñanza Doméstica. El programa de las mismas se

caracteriza por la inclusión de materias, como aritmética y contabilidad doméstica, geometría y geografía, economía doméstica, conocimientos prácticos de ciencias físicas y naturales, química aplicada a las ocupaciones domésticas, fisiología e higiene, dibujo y pintura decorativa, arreglo de interiores, decorado y arreglo de la mesa, solfeo y canto coral, puericultura, enfermería, lavado y planchado, desmanchado y tintorería, costura en blanco.

Como anexo de lo anterior se dieron cursos para sirvientes, con diploma de galopina, cocinera y camarista. Ni tender una cama se sabe si no aprendemos su técnica.

Otra carrera que las circunstancias modernas abren a la mujer es la del escritorio mercantil, el bufete y el comercio. Lo que obliga al sostenimiento de escuelas destinadas a graduar secretarías, contadoras, taquimecanógrafas y ayudantes. Se requiere para estos cursos la enseñanza primaria completa, y los cursos secundarios constan de lenguas extranjeras, especialmente inglés y francés; aritmética comercial y geometría, contabilidad, correspondencia mercantil y archivo, taquigrafía y mecanografía, contabilidad fiscal, aduanas, leyes de impuestos, glosa y servicios de pagaduría; también las materias necesarias para una escuela de administración pública, como Derecho constitucional elemental, Derecho administrativo, a efecto de preparar empleadas, etcétera.

La enseñanza de ciertas industrias adquiere tal importancia que permite, ya en forma mucho más completa que la de la simple artesanía, organizar la competencia del pequeño productor frente a la gran industria del *trust* y también frente al monopolio de hecho de los grandes almacenes de ropa y vestido. Por ejemplo, las prendas tejidas de lana de uso en México eran importadas o se fabricaban en los grandes almacenes, alcanzando precios elevados. La introducción en nuestras Escuelas Industriales de Mujeres de ciertas máquinas en uso en las escuelas de Bélgica permitió no sólo generalizar el conocimiento de esta rama de la producción, sino también fomentar la creación del taller industrial privado, pues se enseñaba al alumno el manejo de la máquina, la selección de los modelos y el modo de adquirir la materia prima. Además, los elementos de contabilidad y la información administra-

tiva necesaria para convertirse en pequeño fabricante. En otros casos, obreras que en una fábrica de ropa al por mayor ganaban un mísero jornal por coser una sola pieza lograron, gracias a las clases de corte y costura, convertirse en costureras capaces de ponerse al frente de un taller propio.

La cocina

Para la orientación de algunas enseñanzas técnicas se hace indispensable la actividad directiva del ministerio. Por ejemplo, en la clase de cocina se había fracasado porque se instalaban peritos formados en Francia que daban cursos de *alta cocina*, costosa; por lo mismo, nada práctica. La clientela de estos cursos se limitaba a una que otra señora curiosa o desocupada, y los guisos que aprendía se adaptaban en seguida, mal o bien, a la lista ordinaria de las comidas, sin mejorarla. Por el contrario, una enseñanza de cocina bien dirigida comienza creando cursos elementales para enseñar a cocinar lo que parece obvio y, sin embargo, suele hacerse mal: el arroz y las papas, la carne y los frijoles, el menú de todos los días. Precisamente en esta enseñanza debe el educador ejercitar una intervención indispensable. Una larga permanencia y cabal explotación de la misma zona habitable permite al europeo, sin mayor auxilio de la escuela, crearse una dieta sana y gustosa. Entre nosotros el hábito del europeo ha sido modificado por las diferencias que ofrece un medio nuevo. El sistema de alimentación de los aborígenes era notoriamente insuficiente y no podríamos tomarlo de ejemplo, dado que es europeo casi todo lo que hoy se come. Nos encontramos, pues a este respecto, todavía inadaptados y en anarquía peligrosa. El norteamericano, por su parte, se ha creado ya una dieta, si no agradable, sí bastante higiénica. La tendencia de nuestra escuela de cocina es la de adoptar lo yanqui, porque ya está hecho y porque también se presenta como elaboración de artículos alimenticios que en cantidad ofrece el mercado extranjero. Y es obvio que adoptar ciegamente su régimen, aparte de que nos haría perder ventajas de refinamiento, nos supeditaría al exterior aun para la satisfacción de las necesidades urgentes de la comida. Subsiste, pues, un problema de

inventar una alimentación nacional, científica por sus componentes, artística por el gusto, higiénica en sus efectos y ventajosa por su economía.

Existen desde hace mucho tiempo libros de cocina mexicana, como existen recetas de cocina criolla en todo nuestro continente. En general son versiones de la vieja cocina española, que era excelente, adicionada con platos franceses más o menos nacionalizados y con picantes y salsas locales de exquisito gusto y dudoso efecto. Colecciones de recetas, pero no una dieta razonada, y con la agravante de que exigen, en el mayor número de casos, multitud de ingredientes exóticos; en cambio, dejan sin empleo una infinidad de productos tropicales y autóctonos, que bien empleados significan ventaja de nuestra cocina sobre la europea. Tenemos, en efecto, la fortuna de contar con casi todo lo europeo, y poseemos además cereales, frutos y legumbre autóctonos. Por ejemplo, los distintos empleos del maíz, que no es recomendable como sustituto del trigo, pero sí como complementario; ensaladas, como la de aguacate o palta, sin contar con las frutas tropicales, infinitamente superiores a toda la desabrida colección de peras, manzanas y duraznos, a menudo ácidos. Poseemos, en suma, variedad tal de comestibles que quizá la misma abundancia ha contribuido al desorden rumboso que se estila en nuestras mesas, sobre todo en la costa. El altiplano, más pobre, ha tenido que conformarse con la carne, los huevos, las legumbres, el pan y las frutas mediocres a la europea. Pero lo grave es que no hay por ningún lado un método y que más bien nos inclinamos a tomar la comida como festín que se varía al capricho. El resultado es un promedio bajo de salud, una cantidad enorme de enfermedades, un desarreglo y disminución de la vitalidad. Crear maestros de cocina que lentamente hagan sentir su influencia en el hogar y transformen nuestros hábitos alimenticios es una tarea tan urgente como difícil. Para lograrlo, el higienista y el economista han de preceder al cocinero. La peor ama de casa es la que piensa en el menú por lo que ha leído en una receta, pero sin reflexionar en lo que, dada la estación ofrece el mercado. Un conocimiento de los productos aprovechables de

cada región debiera ser el tema primero de un curso de cocina. El estadista debería también intervenir, fomentando los cultivos útiles dentro de las posibilidades de cada zona. En seguida, la clase dará información elemental de las combinaciones del alimento, por razón de vitaminas, calorías y propiedades digestivas. Lo que más se ignora entre nosotros es el modo de combinar los alimentos. No sólo en las clases de cocina, en la primaria también y en clases y conferencias de higiene, deberán difundirse ciertos datos elementales, como el uso combinado de harinas, cereales y legumbres, con el conveniente complemento de las que se desarrollan al sol y las que se mantienen bajo tierra. En algunas regiones del país, la horticultura no se desarrolla tan sólo por la ignorancia de una población habituada a la barbarie carnívora, que se pasa la vida comiendo carne secada al sol y harina de trigo. Peor aún, el indio no come sino maíz, en distintas formas, y frijol, desdeñando las frutas, desentendiéndose de las posibilidades de su tierra feraz. Mientras tanto, los yanquis se ilustran y han salido ya de su carnivorismo a lo *cowboy* para entrar al régimen de las ensaladas y las frutas, que alegran el alma. No puede haber cultura donde se come como primitivo. Y entre nosotros se come, además, como degenerado, pues priva en nuestra cocina el desorden, la arbitrariedad, lo mismo que en nuestra política. El remedio inmediato probablemente estaría en volver a la dieta de los españoles, ya que producimos hoy casi todo lo que ellos trajeron de España. Sabían ellos, sabían nuestros padres, combinar la carne con el arroz, el cocido de gallina con la col y el garbanzo, y aun aprendieron a mejorar el puchero de la Península adicionándolo con la yuca y el plátano y las frutas del trópico. Necesitamos una comida tropical, pero racional. Pues no hemos de dar tampoco el espectáculo de pagar caros los desabridos *Quaker oats* para ver que en el Norte se propaga el hábito sano de comer nuestras frutas: la naranja, el plátano y la toronja, rebautizada de *grape fruit*. Comida tropical, pero bien combinada para que sea sana, bien condimentada para que sea apetitosa. Pues comer desabrido, a la inglesa, hirviendo potajes, tampoco es comer. Y sería ridículo que a esta altura de nuestra propia civilización fué-

mos a adoptar la cocina de un pueblo que, según ya observó el viajero francés, posee cien religiones, pero «sólo una salsa, que sabe a droga».

Y, sin embargo, el problema del condimento nos vuelve a poner en desazón. El peligro de la comida está en las grasas, y nosotros hemos acabado por emplear la más inmunda que existe; la del cerdo. Es natural que toda nuestra estirpe se encuentre decaída, no obstante su origen mediterráneo, pues precisamente nuestros antepasados no usaban otra grasa que la del olivo. Los españoles prohibieron en el Nuevo Mundo el cultivo de la aceituna en aquellas regiones donde podían transportar el aceite que producían en abundancia en la Península. Pero ya hace más de un siglo que estos territorios son nuestros, o hemos creído que lo son, y no hemos plantado olivos. Ahora bien, el primer ministro de Hacienda de la República debió plantearse el siguiente dilema: o fomento la siembra de olivos, como medida urgente a la economía nacional, o dejo libre de impuestos, como antes, todo el aceite español o francés o italiano. Pero nuestros gobernantes, salvo Alamán, no han buscado resolver problemas, sino cobrar arbitrios. Se decretó, sin reflexión, el impuesto al aceite de olivo, y la población media, forzada por la pobreza, se dedicó a lo que al principio debe haberle parecido repugnante, la manteca de cerdo. Hoy el gusto viciado quizás la prefiere. La propaganda de las empacadoras extranjeras la recomienda, como recomienda esa otra abominación, la carne congelada. Pero el mal se ha producido y alguna vez habrá que afrontarlo; estamos envenenando, corrompiendo a diario, la fisiología de nuestra estirpe. A menudo escuchamos protestas contra el abuso del picante. El picante, al fin y al cabo, es producto sano de la tierra, y lejos de ser tan dañoso como se supone, debe más bien obrar como contraveneno del veneno de la inmunda grasa, cuya ingestión nadie parece temer.

Por lo pronto, el remedio estaría en la substitución de la grasa de puerco por la manteca de leche de vaca, como se hace en Francia cuando falta el aceite. Nuestra abundante producción de cacahuete permitiría fabricar a bajo precio aceite de más baja calidad

que el del olivo, pero incomparablemente superior a la ignominia de la manteca de cerdo. De todas maneras, la primera recomendación culinaria de la escuela debiera ser la proscripción de este condimento, que no agradaría ni a los negros de Africa si no se les corrompiera primero el gusto. Es claro que, a la larga, lo mejor será desarrollar el cultivo del aceituno; pero esto toma tiempo y no está al alcance del simple maestro de escuela.

Comentando cierta vez impresiones de viaje con una escritora australiana, le dije: «Me producen sensación de tranquilidad esas comarcas mediterráneas sembradas de olivos y de vid. Mirándolas pienso que está segura mi subsistencia: pan, aceite, aceitunas y vino». La australiana me respondió: «Parecida sensación he tenido en Europa, pero no frente a olivares, sino en las praderas de Escocia, donde hay ganado lanar y vacuno, abrigo para el cuerpo, leche y carne para alimento.» Acaso los dos teníamos razón, pues cada clima invita a comer sus propios productos. Por eso mismo resulta tan absurda en nuestras tierras, templadas o cálidas, la dieta de las regiones polares; carne sanguinolenta en vez de legumbres y frutas, aguardientes en lugar de vino, que es jugo precioso de la tierra y transparencia del sol.

El vino es otro factor de la vida que nos falta desde la independencia. Lo importaban aquí los españoles, y es curioso que en más de cien años de vida independiente no nos hemos redimido por nuestra cuenta de la prohibición de plantar la vid. Chile y la Argentina, el Perú, se han creado ya una producción vinícola estimable, y aun la California, antes de la barbarie prohibicionista, desarrolló en proporciones enormes la viticultura. En cambio, nosotros, en México, no sólo retrogradamos, en una época, al pulque de los aztecas, sino que hemos inventado el aguardiente de maguey, infernal brebaje que al estómago le saca la úlcera y al cerebro le infunde idiotéz y a la conducta criminalidad. El alcoholismo habitual de indios y provincianos no tiene otro origen que la escasez y carestía del buen vino de uva. El educador debe convencerse de lo poco eficaz que será su escuela, la mejor escuela indígena, si antes el estadista no remedia hábitos de muerte de una raza en decadencia: la manteca y el alcohol. Inútil es pro-

mulgar decretos con recomendaciones o con prohibiciones. La única manera de regenerar los malos hábitos de bebida de nuestra gente es ponerse a plantar viñedos para que, en una generación, el viejo hábito del vino bueno limpie las entrañas, despeje la fantasía de nuestro pueblo, alcoholizado por deslatinización.

Sin una política de verdadero estadismo resultan inútiles los esfuerzos del maestro, porque el alumno se encontrará en la imposibilidad de poner en ejercicio el saber. Conviene que el maestro sepa lo que debe exigir del legislador; por eso no están de más en un libro pedagógico consideraciones como la que exponemos, esenciales para resolver el problema de la educación de un pueblo en el aspecto fundamental de su alimentación.

Cuando se llegue a disponer de dinero suficiente para generalizar el servicio de comidas en la escuela, será más fácil que el maestro de cocina y el perito higienista hagan sentir su influencia en la transformación de las costumbres que a este respecto se impone.

Por lo pronto, es necesario que se tenga un sistema siquiera para las enseñanzas especiales de cocina que da el Estado. Una cocina oficial. Mientras los especialistas catalogan recetas, ordenan textos, conviene que el poder central educativo esté atento a imprimir las orientaciones más urgentes. Fue esta consideración la que motivó una circular, en su época muy discutida y que recordaré porque previene contra otra desviación, ya no higiénica, sino del gusto. Aparte de recomendar el uso de los artículos del país y de los guisos tradicionales como platos de alimentación sólida, condenó la circular aludida la moda generalizada en materia de repostería. Y, para cumplirla, se exhumaron reposteros a la antigua usanza española, para nombrarlos profesores. Al mismo tiempo se proscribía en las escuelas la manufactura de los insípidos panecillos a la norteamericana, los *cakes* o *cookies*, que con el nombre bárbaro de *queques* llegaban de los estados del norte de México. Panes desabridos, hechos, además, con sales y condimentos químicos de dudosa eficacia y que responden a las necesidades del campamento, cuando los cocineros chinos improvisaban el menú de los ingenieros y trabajadores a lo largo

del ferrocarril, en el *Far West*. Con la salsa de tomate en frasco, también una calamidad necesaria en el desierto, nos llegaban esos bizcochos industrializados, reemplazando el buen pan antiguo de huevo y la deliciosa pastelería española, superior a la francesa porque tiene contactos con la repostería oriental, incomparablemente más delicada que la europea. Era, por lo mismo, perder el entregarse a la moda extranjera. Por eso también procuramos evitarla en lo que hace a los dulces. En vez de los *pies* o pasteles a la americana, las tartas de frutas a la francesa. Y en lugar de los dulces de azúcar con esencias químicas, *candies* del norte, resucitamos los ates, guayabate, membrillates, en general, frutas en almíbar y en conserva: naranjas cubiertas, limones cristalizados, turrone, almendras garapiñadas y mazapanes, nogadas y confites. Variadísimo arte de nuestras antiguas golosinas conventuales, que hicieron la fama de Querétaro y Puebla, Lima y Santiago. Un intento de oposición a la barbarie que desconoce, reniega de los refinamientos propios en beneficio del mal gusto extranjero; tal fue la circular, y su efecto, notorio en las exposiciones escolares de fin de año, mereció elogios unánimes. Basta, en efecto, escarbar un poco en nuestros hábitos para que afloren los maravillosos tesoros escondidos en la tradición de nuestros padres. Se hacían estos ensayos por el año 23, antes de que Inglaterra pusiera al mundo su ejemplo, de usar lo inglés. En efecto, no hay razón para que un fabricante, por sólo el interés de su comercio, nos imponga gustos que a menudo son inferiores al propio. Y si es verdad que el cosmopolitismo, lo mismo en lo espiritual que en la comida, es el sistema mejor, también es cierto que el cosmopolitismo requiere el cultivo de lo nacional. De otra manera, llega a prevalecer no lo cosmopolita, sino lo que impone el Imperio. Al contrario, el buen cosmopolitismo ha de nacer del intercambio de los exotismos celosamente cultivados y voluntariamente canjeados. Y ninguna tierra es más propicia que la nuestra para una gran variedad culta en materia de costumbres, alimentos y gustos, porque poseemos también variedad de recursos y el gusto viejo de un cosmopolitismo que nos traía y nos llevaba los productos refinados del Asia por las naos; los vinos y las conser-

vas, los usos de Europa, por el Atlántico, y, en el solar propio, la incomparable abundancia de las tierras cálidas. Una de las experiencias que logré consumir se debe a un ilustre exilado indostánico, a quien designé profesor de sánscrito en la Universidad y de cocina en las escuelas técnicas, para que difundiera los *curries* y los arroces con cardamomo y azafrán.

La moda

Así como es un servilismo dañoso y absurdo regirse en materias de alimentación por las indicaciones del anunciante en grande que recomienda sus artículos estandarizados, también en la cuestión del vestido es necesario defender, sobre todo a la mujer, de la explotación de modas que no responden sino a la conveniencia de fabricantes sin otra mira que el lucro. Así como cada rostro humano es diferente, cada cual tiene el derecho a su estilo en la expresión, la dieta y el traje. Pero, como no es posible que la escuela multiplique de esta manera sus formas, conviene por lo menos que dé a cada cual los consejos necesarios para la propia manifestación y la técnica indispensable. Y, como también no es posible que cada uno atienda a todas sus necesidades, constantemente la escuela deberá preparar especialistas; en el caso de la moda, sastres y modistas, maestras de corte y de estilo. En lugar de imponer la moda del instante, será mejor que se enseñen los medios necesarios para inventar o copiar todas las modas. Urge sobre todo hacer ver que el traje, en lo que tiene de adorno, es una manera de expresión artística, y, en lo que tiene de abrigo, es una consecuencia del clima y de las posibilidades industriales de cada región. Lo que equivale a señalar como absurdo, propio sólo de la era imperialista, el querer vestir a todas las poblaciones del globo conforme al mismo patrón de Londres o de París. Lo que ocurre con el traje es un caso de sugestión colectiva fomentada por el fabricante, alentada por la política de los imperios sobre las colonias. A las mujeres se les ha formado el gusto parisién por conveniencia del mercado de las sedas de Lyon, y en los hombres se impone la moda inglesa mientras dura el predominio británico, hoy reemplazado por el de Norteamérica. Con todo, es

indudable que a las mujeres de la América española les queda mejor la peineta de Sevilla y el mantón que el fieltro parisién y los grises de las tierras brumosas. Y lo peor del servil mimetismo que nos doblega a los extranjeros es el complejo de inferioridad que va creando en la raza. Pues necesariamente, al adoptar un patrón que no es propio, en seguida los modelos de la elegancia tienen también que venir de fuera y queda en todo el ambiente sensación de pueblo de segunda que ni siquiera del corte de su traje está seguro. Así es como se cae en la tiranía del modelo y en lo cursi, o sea, la adopción de los desechos que el pueblo creador destina a la exportación. Sabido es que las verdaderas elegantes inventan sus trajes, y no al capricho, sino buscando siempre la necesaria armonía entre el tipo individual y su estilo. El educador modisto deberá, entonces, tomar nota de esta primera lección: usar la moda y las modas como sugerencias que se adaptan o no se adaptan al tipo que entre ellas elige. Pocas son, desde luego, las mujeres dotadas de bastante sentido artístico para ser creadoras de sus modos del traje; pero hay ciertas indicaciones que, por ser aplicables al tipo común de un pueblo, deben ser tenidas en consideración por la escuela. Y, junto con la elección del estilo apropiado, debe enseñarse la elección de materiales, conforme a la misma regla que se aplica al alimento; preferir en cada caso los materiales nativos. Hay en esto economía y también propiedad, puesto que el polo da pieles y el trópico da lino o seda; da cada región lo que hace falta. Y siempre será ridícula una norteña con claveles en el peinado bajo la nieve, lo mismo que una tropical envuelta en pieles bajo naranjos.

Una de las causas del poco gusto del vestido de las mujeres de la clase acomodada del altiplano está precisamente en ese olvido de los climas. Pues como propiamente no tenemos clima, porque se goza todo el año benigna temperatura, resulta que un gran número de damas se viste no según la estación o la hora, sino según la fantasía del instante o el humor con que amanecen: hoy el traje verde, a la tarde el rojo; lo mismo da con mangas que sin mangas, porque no hace frío ni calor; y si llueve ya no se sale, y basta. Esta libertad conduce a la anarquía y no llega a la belleza, porque

los trajes son imitados; son trajes de latitudes en las que es preciso ver el estado del tiempo antes de abrir el vestuario. Con un clima semejante al de nuestras mesetas deberían elaborarse estilos poco variables, por lo que hace al objetivo de abrigar, y muy vistosos y muy alegres, para disfrute de la perenne claridad. Ya se sabe que tal estilo ha existido y existe; se llama andaluz y anda en las estampas de Goya; pero un día nuestras elegantes se pusieron a traducir del francés, no hallaron allí lo ancestral y lo fueron abandonando. Será menester que ahora, desde Nueva York y en lengua inglesa, retornen figurines goyescos para que el sentido apagado de la estética reviva en nuestros territorios. De todas maneras, la observación que precisa recoger es la de que cada raza, por lo menos al imitar lo extranjero, debe escoger telas, colores y modelos de acuerdo con su clima, su complexión y su garbo.

Para los dos actos en que se descompone el fenómeno del traje, el abrigo y el adorno, hacen falta dos disciplinas, la del cortador y la del modisto. La del cortador más bien es una técnica anatómico-científica, muy importante, pero más fácil de comunicar por regla y patrón. La tarea del modisto ya es artística. No sería, por lo mismo, excusable que un ministerio de Enseñanza que dispone de un departamento de Bellas Artes no llamara en auxilio del cortador y del modisto al artista pintor, decorador, proyectista. La escuela debe cultivar la moda como se cultiva el arte. O, lo que es lo mismo, debe rescatarla de las manos del simple costurero. Debe por lo menos infundir ideas artísticas, sugestivas estéticas, en la mente del cortador y el costurero. Ya en las exposiciones de las Escuelas Industriales de Señoritas se echa de ver la pobreza de los modelos, el gusto mediano de las confecciones, desde que se entra en la sección de vestidos de cierto lujo. El pretexto de que la escuela es para el pueblo no excusa la fealdad. El pueblo tiene derecho a la belleza y puede crearla, a menudo la crea, antes que el modisto de clase media, incierto sobre lo que ha de copiar. Es necesario, pues, que la escuela acepte la responsabilidad de enseñar a vestirse a un pueblo no en el sentido nada más de abrigarse, también con el propósito

de conquistarle pleno lucimiento de sus rasgos físicos característicos. El problema para nosotros es complejo porque nos movemos dentro de una cultura de trasplante, en la que, además, todo se ha confundido por el hibridismo de las últimas décadas. No tenemos más remedio que seguir los modelos europeos, porque es europea nuestra industria local y una parte, por lo menos, de nuestra sangre. Sería, por lo mismo, un disparate pretender que la india se siga vistiendo de india. Los lindos trajes de algunas tribus están muy bien para ser trasladados al teatro cuando suene la hora de un florecimiento artístico; pero en el uso diario la india tendrá que seguir acomodando su indumentaria a las necesidades de la vida europeizada que invade su territorio. Debe ser entonces la moda de nuestras escuelas una moda de tipo europeo.

Pero ¿cómo vamos a darle la gracia, la novedad, la elegancia de una personalidad propia? ¿Cómo despojar nuestra manera de traje europeo, sobre todo en la mujer, de ese carácter de maniquí para la exportación que hasta la fecha padecemos?

La soltura voluptuosa, la naturalidad, originan la gracia; el hábito de la vida al aire libre, la ropa ligera, da a la mujer de los climas con sol su marcha despreocupada, de ritmo sensual; los modales finos y escultóricos que diferencian la tanagra de la rigidez gótica. Las pieles y envolturas de la mujer del Norte cambian su ritmo hacia el recogimiento del ademán; la privan de ese baile instintivo y música de líneas que es el privilegio, con la voz sonora, de las mujeres del sur de Italia y de España.

La marcha y los ademanes son, en efecto, música del cuerpo, que reclama una tonalidad adecuada a su expresión. Y la mata-mos en nuestras criollas al imponerles la moda extranjera. Cuando se mantiene fiel a este ritmo como de seguidilla andaluza, cualquier mujer de raza española caminará como reina, mejor aún, como bailarina, que es más que reina.

Pero ¿qué se puede esperar de nuestras pobres jóvenes atrapadas por el jazz, dislocadas, absurdas, ensordecidas con la matraca del altoparlante?

En la clase de alta costura de nuestras universidades del futuro se verá al modisto ensayando modelos al son de las bulerías o

de la marcha torera o del danzón tropical, nunca con el salto de chapulín de las orquestas mecanizadas. Ritmos nacidos del músculo femenino, al desenvolverse en el aire luminoso de la plaza pública, para seguirlos se inventarán pliegues y volantes. Entonces el modelo no lo dará la película industrial, lujo sin alma, sino el viejo, perdurable encanto de la gaditana o la cordobesa. Viste percal de amarillo subido ajustado en la cintura delgada, tirante en las caderas amplias y con revuelos de flor que se vuelca tras la nerviosa agilidad de las piernas alargadas. Bajo las orlas del busto se adivinan los senos redondos. El rostro se baña de claridad y sonríe. Los brazos dibujan giros en espiral sagrada y los dedos, al tronar en la danza, modulan el ritmo de la sensualidad, que se ilumina de luz y de sonrisa del alma.

Gente que sabe caminar como caminan nuestras mujeres, cuando no se han contagiado del cinema de Hollywood ni han engordado, tiene que acabar por ser modelo de bien vestir y elegancia. Hasta ahora nos lo impide la desorientación de nuestra estética. Prueba de ello tenemos en el examen del problema del color.

Lo primero que hace una vendedora de polvos en París es buscar el tono que corresponde al cutis de la compradora. Lo mismo hace el modisto con la tela y aun el decorador que acondiciona los interiores. Necesita cada persona su ambiente estético, lo mismo que el moral o el físico. Y todas las razas, en su desarrollo natural, construyen el marco favorable al propio lucimiento. Los chinos son un ejemplo notorio. Se ven admirables en propia vestimenta, deplorables con el disfraz europeo. Tan avanzada fue la cultura que entre nosotros crearon los españoles que a cada región dotaron con un traje típico, creación colonial distinta de lo aborígen. En cada caso realzaron la belleza del tipo local, en concierto con su luz y panorama. Todavía lo más pintoresco del continente está en el interior de México y en el interior del Ecuador, donde los indios han conservado las creaciones españolas, renegadas por el criollo al ponerse a simular que se sentía francés. En México hemos vivido el desastre de toda una población indígena o mestiza y criolla, india o latina, empaquetada en los moldes rígidos y los colores pardos de la indumentaria industrial

norteamericana. Pero ni siquiera la moda francesa se adapta al tipo medio de nuestras mujeres. Como se sabe, predomina en México y en toda la región andina el tipo de la mujer, más que morena, trigueña; color de avellana decían, si mal no recuerdo, los cronistas y color de canela dicen hoy los literatos franceses, que las han puesto de moda en París. El *tanned* que piden al sol de las playas las bellezas descoloridas del Norte. ¡Y nosotros que andábamos tan avergonzados, secretamente, del tinte a lo cacao de nuestras hermanas indígenas! Pero lo peor es que no hemos sabido darles el marco de color y ornamento que es favorable a su índole. Las hemos dejado a merced del almacén que les vende modelos de París si son ricas, o chalinas azules si son clientas del *turco* que recorre las aldeas vendiendo a plazo los desechos del mercado extranjero. Ya es tiempo, entonces, de que la escuela tome a su cargo esta situación del drama estético.

La primera vez que advertí la influencia del color en el traje según la raza fue durante una de esas habituales fiestas escolares de niñas que bailan de salón. Danzaban un minueto vestidas de rosa y con pelucas blancas. Entre el grupo de blancas o casi blancas había algunas morenas, trigueñas. Empeoradas con la peluca y el rosa. Lo comprendían y se sentían humilladas de no tener la piel lechosa de las marquesas que desaguaban en los prados de Versalles, donde el rey Sol no supo de retretes. Por lo menos, pensé, estas niñas humildes ya cuentan con el baño caliente diario que les permite bailar un baile agitado sin que el olor traicione lo que se esconde bajo el agua de colonia. Y ¿quién sabe si la lentitud estudiada del minueto no obedece al temor de sudar en recinto poco aireado?

Lo indudable es que, en condiciones para la belleza física, ha ganado enormemente nuestra época de aseo y gimnasia generalizados. ¡Pero subsistía el problema de aquellas pelucas blancas sobre los rizos negros de la mayoría de mis compatriotas! Por intentar algo ordené que la próxima fiesta se dedicase a bailes regionales con el traje nacional. Llamamos traje nacional a uno de falda con abalorios, blusa y chal con verdes y rojos que nos inventaron los españoles. Traje de *china* se llama, lo que prueba

que lo trajeron las naos. Pero lo había desechado la época *culta* de la europeización. Y todavía pareció escandaloso que una escuela oficial presentara a las niñas en vestido popular. ¡Cómo si la educación sólo tuviera por objeto demostrar a los extranjeros que conocemos los trajes de la época de Luis XIV! Con todo, apenas se presentó el grupo de las *nacionales* y el público irrumpió en reclamaciones. Y las que antes se veían encogidas, avergonzadas de no ser francesas, se mostraban hoy desenvueltas, luminosa la sonrisa ante la evidencia de su triunfo.

Tomó así posesión por derecho propio lo nativo en todos sus aspectos nobles, y de tales experiencias procede el éxito del mexicanismo artístico que ha conquistado los Estados Unidos, incluso la pintura mural de que tanto se ha hablado.

Junto con la alegría de su existir, posee cada mujer el instinto de su atavío, y, en realidad, lo que ha de hacer la escuela es enriquecer, ilustrar y fomentar ese instinto.

Es muy fácil libertar eliminando prejuicios como los ya indicados, corregir absurdos y retornar a lo original y lo pintoresco. ¿Pero cómo enseñar la distinción, cómo llevar toda una raza al máximo de su refinamiento y esplendor? La elegancia requiere sobriedad y holgura, plena armonía del individuo y su ambiente. Elegante es la campesina ordeñando y la dama en su salón, pero la complicación de las costumbres hace que la mayor parte de la gente viva como descentrada y en desacuerdo con su naturaleza; se mueve, por ello, torpemente, con desgano, insegura de su actitud. De ahí la ropa desgarrada, hasta cuando es lujosa. ¿Cómo transformar entonces el ambiente de clase media, propio de la escuela industrial, para levantarlo a cierta distinción y buen gusto? Las casas comerciales de modas suelen pagar modistos que inventan en el país ciertos modelos, aprovechando maniqués locales. Pero fatalmente, el modisto importado buscará aquellos modelos que más se parecen a los europeos y trabajará sobre ellos sin otra ventaja que abaratar quizás los precios. Pues la elegancia, como la belleza, no resulta de adaptaciones, sino de creaciones, y el menos acondicionado para crear es quien trae al medio nuevo las preocupaciones y los hábitos del medio extran-

jero. En todo caso, es mejor el procedimiento de mandar maestros nativos para que tomen la técnica extranjera defendiéndose de servilismo en el estilo. El mal está en los que ponen su orgullo en la exactitud de la copia. Evitará quizás estos escollos una persona que siendo nativa y de las más distinguidas también haya frecuentado varias veces el medio extranjero. O sea, una mujer elegante del país en que opera la escuela. Nunca falta alguna señora que, por patriotismo o por haber venido a menos, y por el halago de un sueldo se decida a obrar como *inspectora de buenas costumbres*, parodiando el título de la famosa comedia.

Damas de la aristocracia mexicana, familiarizadas con la *rue de la Paix*, nos prestaron el servicio de actuar como inspectoras de enseñanza técnica. Las censuraron al comienzo porque inspeccionaban sin título académico. Pero, sin decirlo, actuaban como profesoras de elegancia. Su misión era presentarse en los talleres escolares de moda a corregir las líneas del corte, a depurar el gusto en los tonos, a darle el toque al sombrero, a poner, en fin, ese elemento alado y fino que constituye la gracia del traje y que se da en compañía de la marcha despreocupada y el ademán sencillo. No se llega a conquistar la distinción de golpe, pero tampoco escapa del todo a quien ha sabido verla una vez. Por lo pronto, una costura deshecha a tiempo, un respunte oportuno, al asegurar la holgura, evitará el encogimiento o el desgaire de una persona mal vestida.

Llevaban las inspectoras instrucciones de hacer y deshacer y recomponer lo mismo en el traje que en el servicio de la mesa o los modales. Enseñando principalmente con el ejemplo, después de recorrer el taller de costura se iban a la clase de economía doméstica; aconsejaban la disposición de la vajilla en la mesa en comida sencilla o formal. Revisaban el menú en la cocina, despojándolo de las estridencias que también allí suelen producir la irreflexión y la falta de un gusto educado. Cumplían, además, la recomendación de no recordar que «habían estado en París»; tampoco decían: «así se hace en París». La elegancia, para serlo, tiene que ser nativa. De suerte que afirmaban: «así se hace». De la seguridad de quien sabe se derivan el aplomo y el encanto de las maneras. Nuestra experiencia dio resultados asombrosos.

Años después observé situación parecida en una serie de comidas en agasajo de los miembros de un congreso de educadores celebrado en la magnífica ciudad flamante de Seattle. Nos alimentaban en un gran hotel moderno. El comedor, en estilo de patio italiano, tenía al centro un brocal de aljibe figurado y emparrados laterales con galerías. El espacio central lo ocupaban mesillas de manteles claros. Encima, las vajillas de porcelana y la cristalería de colores vivos producían novedosa impresión pictórica: un ensayo estético de industrias en plenitud. En la comida también se nos ofrecían aventurados y deliciosos experimentos. La comarca disfrutaba una gran cosecha de duraznos y se dedicaba a comerlos, creando toda una cocina en torno al fruto tierno y dorado. Nos daban duraznos para el desayuno, rebanados, con crema y azúcar. Después, en el almuerzo y la comida, algunos platos traían acompañamiento de duraznos cocidos o en conserva. Ciertas sopas, y los pasteles o tartas, y las nieves y helados, eran también de durazno. Al gusto era todo exquisito y quedaba en el ambiente no sé qué tono encendido de mariposas en vuelo y aroma blando y hospitalario. Alcanzaba la altura del símbolo la belleza otoñal, elegante y sana, de una de las damas de la comisión de agasajos; ojos castaños, pelo veneciano y piel blanca, levemente dorada. Como durazno maduro; *a peach*, dicen allí. Sus túnicas eran también del color de la estación, hoja quemada por el verano... Pero volviendo al comedor aquel, llamaba la atención la delicadeza del servicio, la oportunidad casi afectuosa del gesto que acerca una copa y retira un plato. Pronto nos explicaron que las extraordinarias meseras no eran otra cosa que alumnas de la universidad, futuras doctoras, maestras, artistas, que se ayudaban en las vacaciones con un empleo desempeñado así, a maravilla, porque antes de aceptarlo seguían el curso de enseñanza doméstica. Comprendimos entonces que en los tiempos que corren ya no es el salón ni la corte escuela de belleza y finos modales, sino más bien la universidad. En Rusia debieron aprovechar a la nobleza para enseñar buenas maneras y distinción al alumnado de las escuelas revolucionarias. Esto es lo que yo inicié en México, a pesar de la escasez de mi poder y mis recursos.

Y poco estima al pueblo quien no le da ocasión de que mejore no sólo en el monto de la ración, sino también en la manera de gustarla. Elevar la enseñanza al refinamiento y el arte equivale a dar altura y excelencias de obra de caridad, o sea, de amor que nos trasciende.

No es, sin embargo, el tipo de la elegancia norteamericana el más adecuado para influir sobre nosotros. Hay en él la osadía de lo nuevo, pero le falta maduración. La suavidad francesa nos sirve mejor para corregir las asperezas del abandono en que vegetamos, pero lo esencial es despertar en la generación nueva la convicción de que hay en su savia potencialidades de un maravilloso florecimiento. Nada de renacimientos, florecimientos y snacimientos. ¡Melodías del alma nueva del trópico!

Da gusto la prontitud con que aprenden a ser bellas las jóvenes. Ahora saben que la gracia y la belleza dependen de la salud, la lealtad y el aplomo, no de la casta, el color o la renta. Una lección cosmopolita de estética deshace muchos prejuicios. Ya no sólo se miran bellas las duquesitas de los versos de Gutiérrez Nájera, las marquesas Eulalias del Darío versallesco, provinciano en París; ahora sabemos, como en los días en que el Imperio era nuestro, que es bella una china si se envuelve en sedas bordadas de su país, y es bella la india con el tocado semiindostánico de las bailadoras de Tehuantepec, y es bella la negra si se atavía con las faldas chillonas y los rosarios de cuentas vegetales de Cuba y la Martinica. Mosaico de la América española; se ha roto el lindero del gusto europeo y andamos en busca de una belleza total como el anhelo de las generaciones.

Así lo sintieron las más humildes alumnas de las escuelas técnicas, obreras y señoritas, blancas y morenas, cuando llegó la fecha de los festivales en el Estadio. Los ejercicios del gimnasio, las galas del taller de modas, el esplendor de los cuerpos bañados y flexibles, ebrios de canciones y danzas.

Dar las manos al trabajo y las piernas al baile, con la conciencia iluminada y alerta; he ahí, en resumen, el programa de una enseñanza para mujeres jóvenes, en lo que hace a técnica y estética.

Técnicas masculinas

Para justificar el gasto crecido de la enseñanza, bastaría con que el educador lograra apresar la aptitud productora del pueblo. Tal es el fin esencial de la enseñanza técnica secundaria; acercarse al obrero para capacitarlo a mejorar, con su aptitud, su jornal; ofrecerse al aprendiz y al maestro de obras para enterarlos de los nuevos procedimientos. Crear obreros aptos, maestros de taller, peritos e ingenieros en todas las ramas de la técnica científica moderna. Comenzando desde abajo, con los oficios y carreras modestas, hay menos peligro de perder el esfuerzo, desaparece el riesgo de crear otra variedad de profesional que, como el profesional clásico, no halla después en qué emplearse. Casi todo el descrédito de los esfuerzos hechos en materia de enseñanza técnica procede de la ambición con que se ha procedido, inventando institutos costosos de electricidad o de mecánica o de alta química, para ver en seguida que no hay empresas dispuestas a aprovechar un personal artificialmente creado. Lo primero que debe tenerse en cuenta, entonces, es que la escuela técnica más bien auxilia la industria ya iniciada que la inventa. Y por lo mismo, la creación de escuelas técnicas no deberá estar sujeta a programas rígidos, sino a una atenta observación del desarrollo económico nacional en sus más importantes aspectos. El número y la naturaleza de las escuelas, así como sus programas, dependerán del lugar y la época, y la enumeración que en seguida presentamos tiene únicamente carácter ilustrativo del método a seguir.

Lo más señalado de la educación técnica es la intervención de los oficios en la escuela rural. Toda la meseta iberoamericana se caracteriza por una escasa productividad, debida a los procedimientos anticuados del trabajo. Los maestros de industrias deberán, por lo mismo, repartirse por todo el país, transformando el carácter de las escuelas, substituyendo los trabajos manuales de entretenimiento infantil con oficios útiles. Al efecto, el técnico exigirá del director de la escuela que le conceda la atención de los alumnos por medio día dos veces a la semana, por ejemplo. Entonces, con herramientas que los mismos vecinos pueden prestar, en ocasiones, y en un campo anexo a la escuela, dedicará los

niños al cultivo, según la región; se sembrarán en común frutales o legumbres y se crearán industrias, como apicultura, sericultura, cestería, tejidos de jarcia; se emprenderá la cría de animales, se iniciarán trabajos útiles de taller. Todos estos ejercicios dejarán en el ánimo de los alumnos el hábito de prestar atención al trabajo con inteligencia y con ayuda de los instrumentos modernos. Servirán de preparación para aquellos alumnos que, al concluir la primaria, puedan trasladarse a las escuelas técnicas regionales. El plan de estudios de una técnica regional, según quedó establecido en Irapuato, ciudad del interior de México, es el siguiente: tejidos de papel; tejidos de palma, sombreros, calado de madera; carpintería, bancos, palas, carros rústicos; telares de hilaza y de estambre; fragua: azadas, tornillos, punzones, cinceles, barrenas, rastrillos; hojalatería: regaderas, cazos, cucharones, cedazos, linternas y candeleros, baldes, soldaduras. Además, se dieron clases secundarias, para jóvenes y adultos, de lenguaje, aritmética, geometría, ciencias naturales, música y gimnasia.

Escuelas de esta índole han de diseminarse por las zonas apartadas y populosas de cada región.

En las ciudades grandes existe el problema de la plebe. La única manera eficaz de ayudar a su transformación es proporcionarle los medios de que aumente su jornal. Los contratos colectivos de trabajo y la legislación se encargarán de hacer subir al máximo el salario medio; pero toca a la escuela aumentar la capacidad productiva del operario, con lo que se afirma su derecho a una mayor paga por sus servicios. Como tipo de escuela que recluta al obrero analfabeto para convertirlo en técnico, citaremos la de maestros constructores que funcionó en la capital de México desde 1923. Se daban en ella clases nocturnas de primeras letras y cálculo, nociones de geometría y dibujo, elementos de física. Se admitían indistintamente a jóvenes y adultos; no se exigía la primaria elemental. Llegaban a ella los albañiles después de rendir su jornada y todavía cubiertos de cal, los fogoneeros y operarios de toda descripción. La escuela les ofrecía una ducha, con jabón gratuito; los sentaba en seguida a los bancos. Así que terminaba la lección técnica pasaban los alumnos al ta-

ller. Allí se les enseñaba a trabajar el cemento, a dibujar y a moldear en yeso. En otro taller se enseñaban los menesteres del fontanero o plomero, corte y curvamiento de tubos, arreglo de llaves y niveles, hasta dejar completa la instalación sanitaria de la casa pequeña o del hotel en grande. Otro taller es de carpintería aplicada a la construcción; otro de pintura, con explicación elemental de química para enseñar los riegos y las precauciones del oficio respectivo. En otro se enseñaba a cortar y colocar, seleccionar el vidrio para emplomados. Se enseñaba también a manejar el hierro para la construcción de rejas, balcones y cerrajerías. Se daba asimismo un curso práctico de elementos de construcción.

La graduación máxima era de maestro constructor y tomaba dos años. La mayor parte de los alumnos aprendía materias de cultura general y un oficio, lo que podía hacerse en seis meses. Se recomienda no preguntar al alumno lo que sabe al llegar a la escuela, que, por lo común, es nada. Así, el maestro se preocupa de lo que ha de saber al salir de los cursos. Por demás está decir que en este tipo de escuela en seguida se hace pequeño el local, porque las solicitudes de inscripción crecen como la marea.

Cada una de las ramas de la industria moderna puede dar materia para nuevos establecimientos de este género, con nuevos cursos y diferentes oficios. Por encima de estas escuelas rápidas y prácticas funcionan las

Secundarias técnicas

Consisten éstas en colegios formales de ciencia aplicada y exigen a sus alumnos preparación completa de primaria elemental. En la escuela práctica de ingenieros y electricistas, que con gran éxito funciona desde hace años en la Ciudad de México y que puede servirnos de ejemplo, se dan dos carreras, una de dos años para obreros técnicos, y otra de cuatro para maestros de taller y peritos electricistas. Los talleres son de ajuste, fundición, tornería, herrería, cerrajería, forja, esmaltado en hierro, instalaciones eléctricas, resistencia de materiales, motores de gas y eléctricos, laboratorio eléctrico. El examen en las dos ramas, mecánica y electricidad, da derecho a un título de ingeniero práctico, carrera

que toma en junto seis años. Para la carrera universitaria de ingeniero se requiere, además, la secundaria general universitaria de cuatro a cinco años, que en el caso del ingeniero práctico se reemplaza con cursos de enseñanza general dados a la par de la práctica del taller. En dichos cursos se especializa al alumno en matemáticas aplicadas, dibujo, cálculo, idioma nacional y también inglés, geografía, física, química e Historia. Queda únicamente ayuno de Humanidades.

Institutos técnicos

Cuando se considera que aun en Estados Unidos no abundan los institutos de técnica independientes y que los existentes deben su vida a las manufacturas de acero o de electricidad, rara vez a la ciencia pura, se comprende la dificultad de crearlos en nuestro medio. Son institutos de especialización industrial a la vez que de alta investigación científica. El *Technological Institute* de Boston ha puesto la pauta para sus similares y rivales, como la *Pasadena Technical School*. Estudios de matemáticas y de física, de aeronáutica y de metalografía, de termodinámica y mecánica constituyen el *curriculum*.

No estamos en condiciones de igualarnos en la América española, pero sí existen entre nosotros necesidades que determinan la urgencia de escuelas técnicas más modestas, pero tan eficaces como el Instituto Lewis de Chicago o el Instituto Carnegie de Pittsburg. Se caracterizan éstos por la liberalidad en los requisitos de ingreso y por el gran número de cursos técnicos especializados, a veces de uno o de dos años o más, para todas las ramas auxiliares de la ingeniería moderna. Se forman allí dibujantes, diseñadores, mecánicos, encargados de máquinas; peritos en motores, técnicos del automóvil o de la locomotora y del avión; metalurgistas, etc., aparte de peritos e ingenieros si se llega a los cursos superiores. La gran industria que da trabajo a todos estos especialistas a la vez que sostiene las escuelas no se ha desarrollado en nuestra América, porque hemos sido continente pobre de combustible. Pero la aplicación de la electricidad a la industria abre una era de gran porvenir para los países de grandes des-

niveles en el régimen de las aguas, como México y los países andinos, y también para naciones como el Brasil y la Argentina, que disponen de caídas de agua en proporción inagotable. Ya en otros escritos hemos insistido en el hecho obvio, pero olvidado o ignorado, de que la gran industria del porvenir se establecerá por la vertiente del Iguazú, el Guayra y el Paraná y a lo largo de la costa brasileña. Los futuros Chicagos, más poderosos aún que el presente, estarán por aquellas zonas feraces y privilegiadas que esperan hombres de más empuje que las enanas generaciones del día.

Esperan también determinados perfeccionamientos técnicos que están ya cuajando en el progreso industrial: la refrigeración, el abaratamiento de las comunicaciones; la disipación del prejuicio que mantiene poblaciones enteras apegadas a la costa atlántica mirando hacia Europa, cuando el destino está a la espalda, en la inmensidad del continente. Por la otra costa, en los países de meseta, no es probable que se lleguen a establecer grandes explotaciones; en cambio, están destinados a un gran desarrollo de la pequeña industria, o sea, del producto fino que ha de venir cuando la máquina venza su actual condición de barbarie técnica y económica y se convierta en instrumento de pequeño volumen, mucho más eficaz que el actual y manejable fuera de la fábrica, en el taller colectivo o en el oficio privado.

Supone todo esto un trabajo ilimitado de captación de aguas y construcción de plantas eléctricas modestas, pero eficaces, que a su vez requieren un ejército de ingenieros hidráulicos, de ingenieros mecánicos y electricistas. Desarrollar escuelas de técnica de la electricidad es entonces adelantarse a un desarrollo nacional y continental latente. Pues si no preparamos con tiempo el personal de este progreso, nos pasará lo que con las minas que eran nuestras, pero las perdimos al llegar la técnica moderna de explotación, ignorada por nosotros. Rápidamente el continente está siendo explotado y por todas partes, mediante empresas extranjeras que llevan a cada región su propio personal. Por mucho que prediquemos el nacionalismo, no lograremos participar en el vasto desarrollo futuro si no preve-

mos desde la escuela lo que hace falta para intervenir. El continente entero va a ser transformado, lo está siendo, y el problema del estadista es el de los medios que nos permitan imponernos en nuestros territorios, y dentro de la empresa que en ellos se cumple, con una categoría superior a la del operario que acarreara materiales y más leal que la del profesionalista o el político que cobran comisiones efímeras a cambio de concesiones que lastiman la soberanía. Poner los secretos de la técnica eléctrica al alcance de una generación de profesionalistas iberoamericanos es, por lo mismo una tarea de defensa nacional, a la par que de fomento de una rama útil, esforzada y productiva de la enseñanza.

Buscando iniciar esta cruzada fundamos un Instituto Técnico Nacional en la Ciudad de México. Catorce pabellones de cal y canto para otras tantas aulas y talleres y laboratorios. En primer lugar, un taller mecánico, con fresadoras, perforadoras y martillos traídos de Estados Unidos; una sala de bobinas, otra de motores, laboratorios, biblioteca técnica especial, fundición de acero, turbinas. El costo excesivo es el principal inconveniente de estas escuelas, agravado por el hecho de que las máquinas envejecen pronto, porque cambia el modelo y se gastan. De todas maneras, no es posible pasarse sin estos institutos que permiten crear una plantilla de técnicos que será la base del desenvolvimiento futuro de la técnica autóctona. La carrera profesional del ingeniero constituye, es claro, el término de la enseñanza técnica, pero hallándose englobada en las facultades de la universidad, es allí donde habremos de mencionarle en el capítulo respectivo.

Enseñanza agrícola

Desde hace tiempo funcionan en los países de América española escuelas de agricultura, a veces suntuosas. Sin embargo, nuestra agricultura avanza apenas. No vamos a examinar las causas de este estancamiento, causas a la vez sociales y técnicas; latifundio, ausentismo, ignorancia y legislaciones equivocadas. Nos limitaremos a examinar el problema de la enseñanza de la técnica agrícola. Ninguna cuestión es más urgente para nosotros. Inven-

tada, creada artificialmente por el ingenio humano, es la industria frutera de California, que cada año deja al estado lo que nunca le produjeron las minas de oro. Sin embargo, a causa del clima seguirá siempre mediocre la fruta de California. Las tierras de la fruta están al sur del trópico de Cáncer. Ni la misma Europa sospecha la transformación y mejoramiento de la higiene y de las costumbres, el refinamiento del gusto que ha de operarse cuando prevalezca en el mundo el régimen fructífero sobre el hábito bárbaro de los asados y los fiambres. El auge de la fruta es un síntoma de este cambio. Y las piñas de Hawai, los aguacates de Cuba, representan la avanzada de los futuros cargamentos de la fruta tropical, como el zapote, el mango, la papaya, la chirimoya. Influenciadas por lo europeo, muchas escuelas de agricultura le han dado la espalda al trópico.

Pero el error capital de la escuela agrícola ha sido la tendencia a erigirse en Facultad. Desde que se otorga título universitario a un sujeto, se crea, en el 90 por ciento de los casos, un parásito, un aspirante a funcionario que exige sueldo y rabia contra la sociedad que no se lo otorga casi de balde, después de que le dio ya un buen número de años de educación gratuita. Hacen falta muchas escuelas prácticas de agricultura, y también, es claro, una Facultad universitaria. Sin su gran Facultad de Agricultura, el estado de California no hubiere logrado la posición que disfruta como proveedor de fruta del mundo. Nada se hace sin la ciencia; pero es indispensable que la escuela corresponda a las exigencias de la ciencia y del medio social que la paga. El defecto ha sido, entre nosotros, de adaptación. Producimos ingenieros agrónomos que en seguida, al no encontrar apoyo en la ruindad latifundista, se convierten en empleados del gobierno, a pretexto de inspecciones que estorban más de lo que sirven. Se vuelven azote, como aquellos que destacaba cierto departamento de México, que con pretexto de extirpar plantas de la familia adormidera recorrían los campos imponiendo gabelas, destruyendo, persiguiendo, en vez de aconsejar, ilustrar, construir y proteger. Dejemos, por tanto, al ingeniero agrícola en su función de perito universitario, que puede en ella hacer mucho bien, y examinemos el tipo de

escuela regional agrícola, que es de clamorosa urgencia en nuestras naciones.

Deberán hospedar alumnos, puesto que han de recogerlos de extensas zonas poco habitadas, mal comunicadas. La instalación de los dormitorios ha de ser modesta y aseada, no mucho más dispendiosa que el estilo de vida del campesino medio de cada región. Internados sobrios y pulcros, con reglamento flexible para seguir las estaciones, las eventualidades del clima, factor esencial de la agricultura. En las clases de enseñanza general se dará preferencia a la geografía, la meteorología, la botánica. Las materias de la especialidad comprenderán, además de los cultivos ordinarios de la región, clases industriales de cría de aves y conservación de frutos, su embalaje y distribución, según la economía del país. Industrias de quesos, de embutidos, de mantecas. Iniciación práctica en el manejo de una pequeña propiedad con elementos de contabilidad, código del trabajo, nociones de propiedad según la legislación vigente y de política y de historia, economía elemental. En estos cursos, como en todos los demás, y puesto que no se trata de educar esclavos o parias, sino hombres, se complementarán en todo caso con la lectura de los libros de la biblioteca anexa, los deportes, el dibujo y el canto, a fin de lograr, hasta donde es posible, que toda la vida escolar se infiltre del sentido religioso de la vida.

Los cursos en estas escuelas medias pueden ser de dos y de cuatro años, aparte de la escuela primaria obligatoria. En los sitios donde no hubiera escuela primaria completa en las cercanías podrá la escuela regional añadirla, en beneficio de toda la región.

Deberán tener estas escuelas el carácter añadido de estaciones experimentales para aconsejar al labrador sobre selección de las semillas, informándolo de todas las circunstancias a su alcance. Se dividirán también en dos ramas generales: agricultura de zona templada y agricultura tropical.

En toda escuela técnica bien dirigida existe la posibilidad de que ésta pague sus gastos con las industrias que explota. Ello es cierto, especialmente, en las escuelas que mantienen talleres

en las ciudades populosas. Como práctica, sin embargo, no es recomendable obligar a la escuela al lucro. Padecería la enseñanza, que requiere cierto margen de desperdicio en las pruebas, y desviaríase la atención de los maestros, apartándolos de la enseñanza para preocuparlos con la ganancia y la competencia. Mejor es emplear los productos en la expansión de los talleres y su sostenimiento, pero sin preocupación de amontonar *records*.

La enseñanza técnica privada

Si en la primaria nos pronunciamos contra la escuela única, en el sentido de que el Estado no permita sino las suyas, en materia de secundarias resulta todavía más evidente la ventaja de la colaboración de individuos e instituciones, dada la enorme tarea a realizar. Debe, pues, el gobierno otorgar facilidades y proteger en la medida de su capacidad a todo el que mantenga abierta una escuela. Y será benemérito quien, además sea maestro de técnica. El peligro de la enseñanza deficiente es siempre menor de lo que parece al oficialismo celoso, y, en todo caso, es fácil prevenirlo, reglamentando la expedición de títulos y la revalidación de exámenes. El público mismo abandonará una escuela que no presente a sus alumnos debidamente preparados para resistir la prueba oficial. Dicha prueba nunca deberá omitirse. Por ser de justicia, hacemos notar la excelente labor técnica y patriótica de las escuelas industriales de los salesianos, repartidas por toda la América en los últimos años. Sus sistemas pueden, en ciertos casos, servir de orientación al educador oficial que anda ahora preocupado con este género de servicio.

La escuela de industrias químicas

Aparte de la mecánica y la agricultura, hay en el mundo contemporáneo toda una técnica nueva que se deriva del desarrollo inesperado de la química. Una transformación sólo comparable a la que opera la fuerza natural aplicada a la máquina se produce también en los procesos de la fabricación y la manufactura mediante el empleo de los secretos de las reacciones químicas. Nuevas actividades y nuevas profesiones se derivan de la química. La cien-

cia inicial de este género de conocimientos, la farmacia, constituye facultad especial dentro del programa médico universitario, y no hay que confundirla con las ramas diversas de la química industrial. Para una idea de lo que ella significa en la actualidad, baste decir que de todas las fundaciones recién creadas en México ninguna alcanzó el éxito rápido y sostenido de la escuela de ciencias químicas, que pronto se vio elevada a Facultad, porque empezó a producir técnicos y profesionistas de categoría científica indiscutible y ventajosamente remunerados. Dos mil alumnos a los tres años de su fundación representan aporte valioso a la economía de un pueblo y, a la vez, un importante alivio de la plétora profesional, pues no pocos graduados en la nueva institución causaron baja en las filas de la abogacía o la medicina. A los mismos ingenieros les han sacado ventaja en muchos casos, ya que es frecuente la empleomanía, el burocratismo, entre los graduados de ingeniero civil, pero muy raro entre los nuevos técnicos químicos.

Al convertirse la de química en escuela profesional, se hizo obligatoria la primaria y la secundaria universitaria para ingresar en ella, si se aspiraba al título de ingeniero técnico. Sin embargo, en las distintas ramas de su enseñanza aceptaba la escuela alumnos que se limitaban al aprendizaje práctico de la industria lucrativa. Se dieron cursos de geología, mineralogía y botánica, cálculo y química, para la carrera de ingeniero de petróleos. Profundizaban la química teórica y sus aplicaciones de aceites esenciales, botánica medicinal, fabricación de drogas, perfumes, abonos para la agricultura, tintes industriales, análisis médicos, químicos, sueros y bacterias, explosivos y desinfectantes, etcétera. En cursos prácticos, la escuela daba enseñanza y diplomas en las siguientes asignaturas: vidriería al soplete y a máquina, con análisis, selección y estudio de los ingredientes nacionales; curtiduría según los más recientes métodos, a cuyo efecto se contrataron técnicos alemanes como maestros; jabonería mediante el aprovechamiento de grasas animales y vegetales y con cursos que comprenden desde el jabón hecho en un cazo hirviendo, para las necesidades urgentes del campo, hasta los jabones finos perfumados y sellados a máquina,

para lo cual adquirió la escuela una instalación completa de tipo francés; análisis de aceites industriales, laboratorio práctico; fabricación de vacunas, etc. En el taller de vidriería se fabrican ampollas y tubos. Para la cerámica instaló la escuela un horno según modelo francés y fabricó piezas de loza industrial y otras artísticas. Se fabricaron también azulejos artísticos, que se emplearon en las construcciones escolares de la Secretaría, a imitación del azulejo de Talavera antiguo de Puebla y del moderno tipo andaluz. Maestros nacionales y españoles intervinieron en estas instalaciones, siendo obligatorio para el alumno el análisis de los materiales y el conocimiento de sus precios y los sitios del país donde se les encuentra en condiciones comerciales. Se enseñaba asimismo perfumería, drogas y explotación de plantas medicinales, a cuyo efecto la escuela mantiene invernaderos y plantíos propios en una sección de sus campos anexos. Se crearon igualmente departamentos de talabartería y manufactura de artículos en cuero y en pieles, para aprovechar los productos de la curtidumbre. Taller mecánico para servicio de la escuela y laboratorios de química analítica. Cuenta, además, la escuela con una biblioteca en pabellón a propósito y compuesta de libros científicos referentes a las distintas ramas de la química, aparte de algunos volúmenes de información general.

Y como todos los otros establecimientos de la Secretaría, dispone asimismo de gimnasio, piscina y baños administrados por el departamento de Bellas Artes, que junto con el de bibliotecas y el Escolar colabora aún en los colegios de especialización.

Preparación técnica de los maestros

La extensión dada a las labores industriales en el plan de la escuela primaria obliga al maestro a mantenerse al corriente de los métodos en uso en la enseñanza técnica. Pese a la mejor preparación normal, no podría lograrlo sin ponerse en contacto periódico con los especialistas de dicha enseñanza. Establecer tal contacto es el objeto de los cursos de vacaciones para maestros. Se organizan éstos en lugares estratégicos de cada país, no necesariamente en la capital, y a ellos acuden los profesores primarios de ambos

sexos de cada región y los especialistas encargados de realizar el programa elegido.

El que sigue es ejemplo de un programa que resultó eficaz:

Principian las labores escolares a las seis de la mañana y terminan a las seis de la tarde (horario del segundo grupo, mujeres). De seis a siete treinta. Granjas escolares: arboricultura, hortalizas, trabajos en el campo. De siete treinta a ocho: desayuno. De nueve a diez. Lunes: educación. Conversaciones sencillas y concretas sobre técnica de la educación y organización de la escuela rural. (Una vez a la semana). De nueve a diez. Miércoles y viernes: canto. Enseñanza de coros escolares para la escuela primaria. De nueve a diez. Martes y jueves: deportes. Enseñanza de juegos para niños de primaria y práctica en deportes al aire libre. De nueve a once. Martes y Jueves: lechería. Conocimientos sobre calidad, conservación y usos de la leche. De once a doce. Lunes, miércoles y viernes: puericultura. Pláticas sobre la crianza de los niños, con demostraciones prácticas adecuadas. De once a una. Martes: Conservación de frutas. De una a dos. Comida. De dos a tres. Martes, miércoles y viernes: economía doméstica. Pláticas sobre los problemas del hogar desde el punto de vista rural y sus necesidades. De dos a cuatro. Lunes: cocina. Clases prácticas, teniendo en cuenta los usos y posibilidades del hogar rural y su economía. De dos a cuatro. Jueves y sábados: Corte y confección. De cuatro a cinco. Jueves y viernes: Apicultura. De cinco a seis: Estudio.

Este programa fue elástico para atender a las preferencias y necesidades de los distintos grupos. Así, por ejemplo, hubo grupos que tomaron cursos de sericicultura, jabonería, curtiduría, en lugar de las materias del programa detallado anteriormente.

Las Normales

Importante progreso fue el realizado en el continente cuando se crearon las escuelas Normales. Se han producido en ellas generaciones de maestros superiores a todo lo que antes pudo existir. Y es una tragedia que no se haya proseguido la creación de escuelas primarias en el número que hace falta para atender las

necesidades públicas y para dar empleo a los maestros que anualmente titulan las Normales. Buena es, de todos modos, la abundancia de maestros bien preparados, porque obliga a desterrar el hábito de entregar las escuelas de pueblo a meros aficionados, comúnmente fracasados de otras ocupaciones. Se está hoy en condiciones de exigir la idoneidad del personal, pero esta exigencia se deduce, por parte del Estado, al deber de una remuneración adecuada. Los viejos sueldos del maestro rural herían el decoro de un profesionalista de la educación.

Para cubrir los puestos rurales permanentes hace falta, sin embargo, un tipo de maestro a quien sólo se exige graduación en las escuelas Normales regionales. Como maestros de emergencia debe vérselos, no obstante lo cual insistimos en la conveniencia de pagar al maestro rural con más generosidad que al maestro urbano, ya que su labor requiere más tacto, conocimientos y abnegación. Al subir los sueldos desaparecerá la necesidad del maestro improvisado y se puede exigir de cada normalista el servicio en el campo y en las regiones distantes de la metrópoli. Y siempre valdrá más un maestro capaz y bien pagado que una docena de sacrificados, *déclassés* del orden social, que ejercen el magisterio a falta de ocupación más lucrativa y que, por lo mismo, nunca enseñarán bien y sí, fatalmente, ejercerán influencia moral perniciosa en el ánimo infantil. El maestro bien pagado es un fundamento de la sociedad; el maestro explotado es el mejor fermento de la desesperación pública y el caos. Si se quiere que la cultura sirva para construir y no para destruir, será menester que crea en la cultura y la disfrute aquel que la imparte. La fe social supone tranquilidad en el uso de las ventajas elementales de la comodidad. Un alto nivel de salarios condiciona, por lo mismo, la competencia y la lealtad social del educador.

Junto con el nivel económico, conviene levantar la categoría intelectual del maestro de escuela. La mala paga que han padecido y el descuido intelectual que de ella se deriva habían creado en torno al maestro una fama de pobre diablo social y paria también de la cultura. Los últimos en la escala del profesionalismo, sus opiniones, sus preferencias, llegaron a ser símbolo de limita-

ción y apocamiento. Y sólo excepciones contadas lograron conquistar la igualdad y se establecieron en la cátedra, el periodismo, la universidad, a la altura de los mejores. La mayoría se resignaba a su condición de segundona del saber, dispuesta a reconocer la superioridad del abogado o el médico en cualquier asunto de carácter general. En México se llegó a hablar del criterio normalista como de algo inferior y contrario a la universalidad del criterio universitario. Y no faltó quien respondiese al conflicto increpando a la Universidad de institución de lujo y de aristocracia.

Ya se comprende que situaciones semejantes no se resuelven ahondando en las disidencias ni fallando sobre ellas. Las resolvimos dando al maestro normalista facilidades para que se convirtiera en universitario, otorgando a la ciencia de la educación la categoría de Facultad incorporada a la Universidad, añadiendo al programa ordinario de la Normal el curso superior dictado ya no en la Normal, sino en la misma Universidad. Al mismo tiempo, y para que desde el principio la categoría de la enseñanza normalista fuese homogénea, se procuró uniformar la enseñanza secundaria estableciendo equivalencias entre los cursos preparatorios o generales de la Normal y los del colegio Secundario o Preparatoria universitaria.